

AL/F. 13-13

14/F. 13-13

Antonio Marín Durán.

Ensayos Políticos

PRIMERA EDICIÓN

ALMERÍA: 1903.

Imprenta LA INDUSTRIA.



Diferencias y Analogías

QUE EXISTEN

entre los programas de los partidos

REPUBLICANO, SOCIALISTA

Y ANARQUISTA



ALMERÍA: 1903.

Imprenta LA INDUSTRIA

A la Agrupación Socialista
de Almería

COMPAÑEROS:

Recuerdo siempre con íntimo regocijo el día 11 de Mayo de 1901, en que por vez primera, hice declaraciones socialistas.

Desconocedor, hasta entonces, de las sublimes ideas que encarnan en el Partido Obrero, con motivo de empeñadas discusiones, un hombre refutaba tenaz mis *ilusiones republicanas*, y oía, á la vez, con calma lo que ahora estimo majaderías improvisadas en defensa de aquel mi credo político.

Sólo una voluntad de hierro pudo conseguir que me apartara de esa igualdad ante el derecho que nada resuelve ni resolverá mientras subsista el salario, y que además vaciara mis puras aspiraciones democráticas, en el crisol que, al calor de sentimientos justos y altruistas, terminará por ofrecer á la Humanidad la igualdad económica con todas sus hermosas consecuencias.

Hoy, pues, no soy el que soñaba con programas radicales, que anulan los estados burgueses con el oro que producen sus centros productores y con la coacción que emana del militarismo, creado á su imagen y semejanza.

Aborrezco los códigos que, con pretesto de garantizar los intereses y derechos comunes, presentan la equidad, la igualdad y la justicia, como objetos de lujo que sólo adornan las cajas de los potentados.

Desprecio y odio la Caridad burguesa que ha menester, para que realice sus hermosos preceptos, de un sér que derrocha lo que no produce, y de otro, condenado á la miseria, por no encontrar un semejante suyo que haga el sacrificio de explotarle.

Conspiro contra el Estado que recrimina y castiga el adulterio, mientras sus funcionarios reglamentan la prostitución y la explotan inhumanamente.

Anhelo que desaparezca el régimen que, si no engendra en todas las mujeres deseos impuros, es porque, desde niñas, conciben la esperanza de vivir al amparo de un beneficioso contrato matrimonial.

Detesto, en fin, una Sociedad corrompida é hipócrita que enaltece la virtud en el lupanar y hace del amor, no el engendro de la abnegación y del desinterés, sino el medio que sirve para saciar torpes ambiciones ó ilusiones egoístas.

Quizá para cercioraros de que no quedaba en mi cerebro la más exigua reminiscencia del pasado, me obligasteis á dar una Conferencia á los compañeros de «Oficios varios.»

Y yo, aun cuando reconocía y reconozco mi insuficiencia para el caso, acepté con gusto vuestro encargo y expuse, en los salones del Círculo Republicano, las ideas que hoy transcribo en mis ENSAYOS POLITICOS.

¿Os agradaron? ¿Manifesté en síntesis las aspiraciones de nuestro partido?

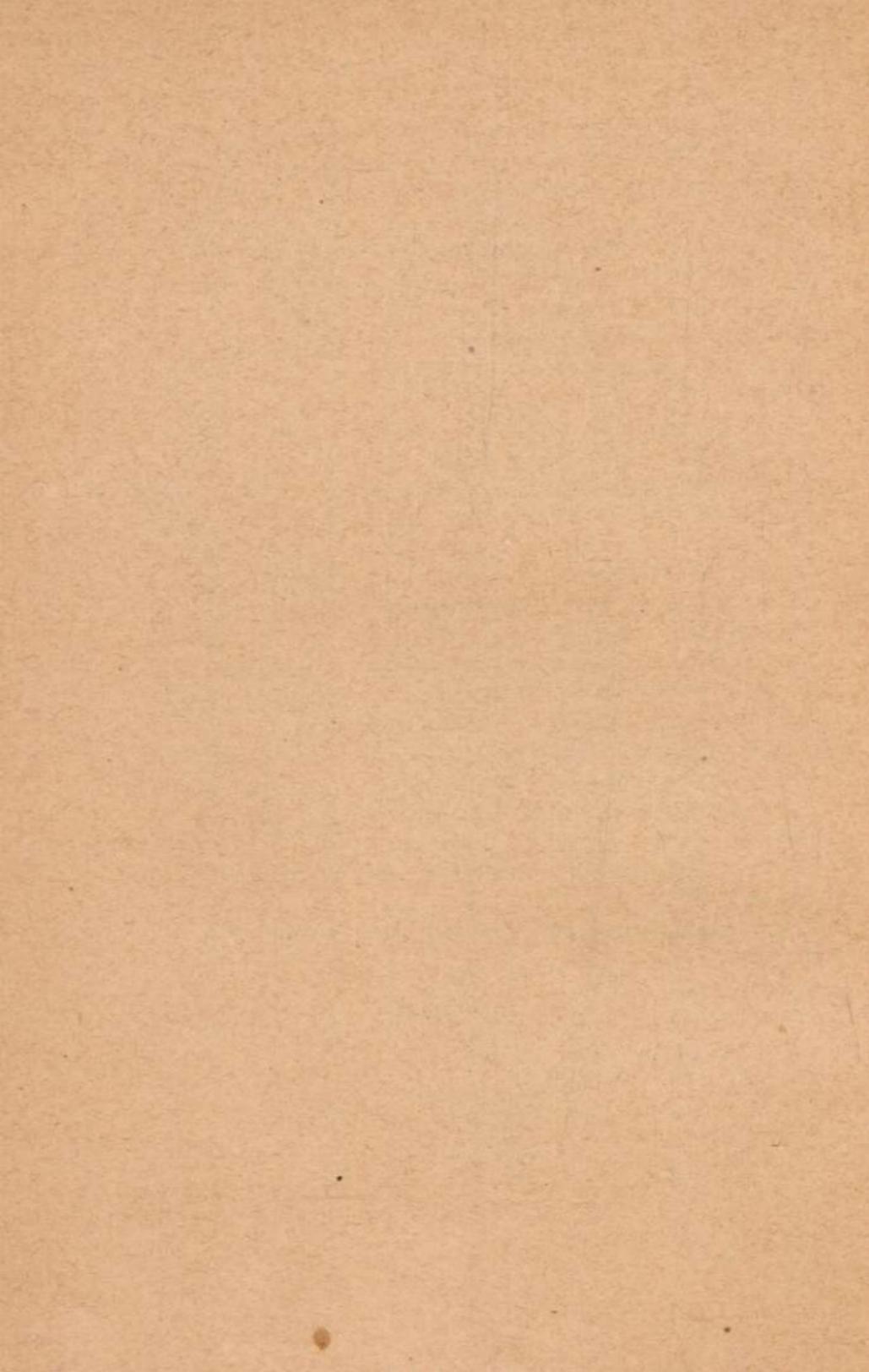
Si, efectivamente, y prescindiendo del escaso valor literario que puede apreciarse en mis ENSAYOS POLITICOS, conseguí esclarecer los únicos procedimientos que ofrecerán al proletariado universal la conquista del poder político, aceptad este humilde folleto á cuya confección contribuísteis con vuestras continuas explicaciones. No obstante, he de solicitar de vosotros un señalado favor. Que no os considéreis preteridos si, al lanzar á la crítica el primer fruto que ha producido el árbol de mi vida política, hago constar que Antonio Hernández consiguió «que me apartara de esa igualdad ante el derecho que nada resuelve ni resolverá mientras subsista el salario, y que además vaciara mis puras aspiraciones democráticas en el crisol que, al calor de sentimientos justos y altruistas, terminará por ofrecer á la Humanidad la igualdad económica con todas sus hermosas consecuencias.»

Y si mis ENSAYOS POLITICOS no os agradan, si, lleno de buena fe, no conseguí evidenciar las causas que justifican nuestra táctica, perdonad mi inconsciencia y procurad, en otra ocasión, no exponerme á los implacables rigores de la crítica.

Recibid un abrazo de vuestro correligionario

El autor.





CARTA PRÓLOGO

SR. D. ANTONIO MARÍN DURÁN.

Mi estimado amigo: Acabo de leer su interesante y bien escrito trabajo acerca de las «Diferencias y analogías que existen entre los programas de los partidos republicano, socialista y anarquista» y voy á cumplir gustosísimo, el honroso encargo con que V. me ha favorecido, de ponerle á guisa de prólogo, unas cuantas líneas.

No le son desconocidas mis ideas sobre estos graves temas, que tienen el privilegio de reclamar para sí, la atención universal.

En trabajos periodísticos y conferencias, he hecho clara y paladina profesión de fe en estas cuestiones, decla-

II

rándome partidario de toda reforma social, que lleve el noble *marchamo* de la ciencia y la justicia.

Toda propaganda homicida, toda labor cruenta, me repugna. Es cierto que no hay redención sin dolor y que el destino de la humanidad es progresar padeciendo, como dijo el insigne Cesar Cantú, pero, una cosa es el derramamiento de la sangre en holocaustos generosos, y otra el asesinato en cuadrilla infecundo y cruel, más adecuado para desacreditar las ideas, que para aclimatarlas en la realidad social. El anarquismo, como ideal de paz y solidaridad, (el orden sin gobierno que diría Max Stirner), es cosa harto bella y altruista, para que pueda mover á la moda á ningún entendimiento elevado. El socialismo, que trata de buscar nuevos horizontes á la actividad psíquica del estado, es cosa también bienechora y viable que apadrinan hoy los intelectos más vigorosos de Europa, desde Schasfle, hasta nuestros Azcárates y Canalejas. Por el contrario, el anarquismo anti-social con sus postulados de la huelga universal á todo trance y el desprecio á todo artefacto gubernativo, es

empresa demoledora y caótica tras la cual sólo se ven muchas negaciones, y una sola afirmación; el vacío y la atonía. Estas falanges de agotados vencidos y neurasténicos, que forman la plana mayor del anarquismo militante, engendro patológico del atavismo, la herencia y el *surmenage*, se me antojan los eternos Prometeos de la envidia, encadenados á la roca de su propia impotencia, que no pudiendo luchar, blasfeman; y no pudiendo vencer, matan. Son la jauría que ladra en las encrucijadas de la civilización contemporánea, como dijo el ilustre autor de Zarathustra. Hay algo que no puede perecer (ínterin la razón humana nó llegue á un grado de perfección que la permita gobernarse á sí propia), y subsiste á despecho del oleaje de las sectas y de los continuos naufragios históricos, y ese algo es el Estado, el Dios viviente y real que dijo Hegel.

Pero el Estado no es una entidad metafísica, no es una abstracción gigante, como el *yo* de los *peripatéticos*, sino un ser vivo que se mueve al compás de la humanidad y que, como ella, cam-

IV

bia, muda y se desenvuelve. El Estado como el sér vivo, no puede tener una sola é idéntica vestidura. Necesita cambiar de túnicas al cambiar de desarrollo. Recorriendo la historia, hemos visto al Estado cubierto con el pesado traje del guerrero, rigiendo rebaños de autómatas y soldados con su brillante plumero y su voz de cómitre. Le vimos después investido con la severa túnica de los legisladores, con el negro ropaje del sacerdote, con el brillante manto y la rica diadema del Cesar imperator. No ha mucho que intentó empuñar la balanza de Mercurio. Esperemos á verle, quizá pronto, quizá tarde, pero de seguro alguna vez, con la honrada blusa del trabajador; traje, no el más bello, pero de seguro el que más enaltece á quien le viste.

El progreso viene verificándose, en la Historia del Derecho Público, en progresión descendente. Rey, sacerdote, nobles, clase media, pueblo (tomando esta palabra en el amplio sentido de hombres que trabajan). Los últimos, serán los primeros, dijo Cristo y ¡ay! de las Monarquías que, echándose en brazos del industrialismo ó el Impe-

rialismo, olviden el clarividente sentido de la admirable profecía; arrastrados por el océano de las nuevas ideas, no podrán salvar ni los timbres de sus coronas, ni la vajilla de sus banquetes, ni los cuarteles de sus escudos. Digamos con Cavour (citado por Canalejas en el hermoso prólogo del Instituto del Trabajo): Si se nos ofrecen para combatir el socialismo las bayonetas ó la libertad, optemos por la última.

Afirma V. con irrefutable lógica que ustedes los partidarios del socialismo obrero, nada pueden esperar de un partido como el republicano, que, igual que el monárquico, defiende la propiedad individual y está constituido por una minoría privilegiada, por una verdadera burguesía. La afirmación, como digo, es lógica dentro de las premisas, que constituyen el gran silogismo socialista. *Todo es de todos, luego todos deben administrar ese todo.* No he de entrar á discutir esa hermosísima verdad, que ya pregonó, hace muchos siglos, el insigne filósofo Luis Vives. Quizá por ser verdad *pura* y de *razón*, no lleguemos nunca á verla implantada; pues el hombre, como el Tántalo

VI

de la Mitología está condenado á ver lo *absoluto* con los ojos del *entendimiento*, sin poder alcanzarlo con las *manos impuras* de la realidad.

Basta á mi propósito una sencilla consideración. La propiedad individual es para ustedes la consagración de absurdos históricos y tiranías seculares, y sin embargo ningún gobierno monárquico ni republicano ha pensado jamás en descentralizarla y repartirla equitativamente por ningún artificio jurídico. No se atrevieron á tanto, ni Licinio y los Gracos, en Roma; ni Mendizabal, en España. Y ¿por qué? Porque no se puede destruir lo indestructible; y la propiedad privada es tan consustancial al hombre, que, sin ella, no podría hacer eficaz ninguno de sus derechos personales. Ahora bien, una cosa es el derecho á la propiedad y otra el derecho de propiedad. El primero es igual en todos los hombres. El segundo varía con la diversa aptitud de los individuos. Lo que si puehacerse es dar en *foro* las tierras incultas, dividir la propiedad concentrada y yerma, áquella propiedad acumulada en pocas manos, (de la que ofrece ejem-

plos la antigüedad, pues la Siria, provincia sojuzgada por Roma, pertenecía á la sazón á dos ó tres propietarios) que hizo exclamar al poeta: *Latifundia perdidere Italiam.*

Esta necesidad ó deber fueron proclamados con frase viril y elocuente por Canalejas en el Congreso, aunque se rieran de sus afirmaciones, la ignorancia parlamentaria y el rutinarismo investido con la túnica de los legisladores.

Y eso, lo puede hacer cualquier gobierno, porque las formas políticas, son cosas accidentales y baladíes, y lo mismo florecen el progreso y el derecho bajo la real diadema, que tras el gorro frigio; é igualmente son déspotas Cromwell que Napoleón.

El nombre no hace la cosa y la justicia no es monárquica ni republicana, como la virtud no es patrimonio de ninguna forma de gobierno. Si el bueno de Montesquieu, la hizo base de las formas políticas poliárquicas, hoy borraría presuroso su afirmación, al ver tanta concupiscencia y venalidad en los demócratas oficiales. La misión de todo gobierno, decía Alcalá Galiano,

VIII

consiste en *amparar* y *reprimir*. Hay que amparar á los que trabajan, mejorando su triste condición y reprimir á los que los explotan con grave daño de la justicia. El labrador, el artesano, el obrero intelectual, son los primeros mantenedores del orden social, porque le dan el pan y las ideas, nutrición indispensable al sostenimiento de la vida en los organismos. Sean esos esforzados guerreros por el bien común, los primeros en la recompensa, ya que son con noble esfuerzo, los primeros en el sacrificio. ¡Guerra á los parasitismos sociales! Sea la creación del nuevo código del trabajo á modo de pararrayos, que preserve la propiedad ganada con el trabajo, de las explosiones mortíferas de una energía más terrible cuanto más inconsciente. Sea también la propiedad abandonada, yerma ó concentrada, un premio otorgado por el Estado á la noble labor perseverante de los que trabajan y no poseen.

Hay que ir por grados, como V. dice discretísimamente, despejando al capitalismo de injustos privilegios. Y los medios para conseguirlo son, á mi juicio, la nueva reglamentación del tra-

bajo, el ejercicio del sufragio y la educación progresiva del obrero (medios preventivos) y las huelgas (medio represivo). Todos estos medios han de ir acompañados de los cánones de una nueva Ética Social, que realce y mejore al par la triste condición de los siervos modernos.

La economía es la ciencia de lo útil, pero de la utilidad sin perjuicio de tercero, esto es, de la utilidad justa. ¡Cuántos contratos de trabajo están viciados por el dolo! ¡En cuán pocos hay verdadero y libre consentimiento! ¡Con qué criminal premeditación no se aprovechan de la angustiosa situación del obrero contratante!

Trabajo anti-fisiológico, trabajo mal remunerado, trabajo que esquilma y agota, no es labor consciente y humana, sino labor de miserables siervos y cadena con que la malicia aherroja á la adversidad. Valiéndome de la frase de Rouskin diré, que la explotación del obrero es la forma social del robo... Para que el problema llamado social, en su aspecto económico, entre en vías de solución, es preciso fijar bien los factores y restar de la suma total al-

gunos sumandos, que consumen sin producir. Los presupuestos de guerra son superiores en toda Europa á los de fomento y justicia. Y al hablar de esto, me parece estar, como por arte mágico, escuchando los admirables apóstrofes del socialista Jaurés, contra el militarismo y la paz armada, verdadera rémora del bienestar económico. Este ilustre pensador cree llegado el momento de cerrar para siempre el rojo libro de la guerra, abriendo en cambio para siempre los anales de la paz. Y al par que la suya, resuena potente é inspirada la del buen viejo Tolstoi, gritando como Cristo: *No resistais al mal por la violencia*. ¡Qué tristeza! Esas voces augustas quedan ahogadas por el estrépito ensordecedor de los cañones alemanes que bombardean á Maracai-bo... El coloso germánico no cabe dentro de sí mismo, y, recordando la frase de Bismark, se lanza á la conquista. Y en esa tierra nació también Kant, el ilustre propagandista del deber, el cantor de la paz universal.

II.

A pesar del indudable progreso alcanzado por el siglo presente en el mejoramiento de la condición de los trabajadores, queda aún por salvar un verdadero abismo de injusticias. Yo no soy tan optimista como V., que dice, con admirable buena fe, que el siglo XX abolirá la esclavitud económica. ¡Pluguiera á Dios lo consiguiera! Pero, por desgracia, el porvenir no dibuja perspectivas de bienandanza y crepúsculos de paz, sino vislumbres tristísimos, lontananzas de sangre. Y es, que el mal no muere jamás, querido amigo. Se transforma. Los errores se enmascaran, pero subsisten. El crimen pierde en rudeza y barbarie lo que gana en sutileza y espíritu fraudulento. La esclavitud antigua se llama hoy explotación. Una mano vigorosa la borró de los códigos, pero subsiste en las costumbres. Al esclavo romano, al paria indico, al siervo de la gleba, suceden el esclavo de la máquina, el paria políti-

co, el siervo del terruño y del fisco. La mujer sigue encadenada en el hogar, sierva de su propia ignorancia, esclava de una tradición brutal, que la considera sólo como á la hembra que pare y cría. Todas las nobles tentativas de la ciencia son impotentes á espirituarizar este singular mamífero humano, que sólo por la educación, puede sacudir el fatal yugo del atavismo y la herencia. El arte es la materia de un *contrato de compra y venta*, y la ciencia oficial tejido de anacronismos y patrañas. La Química se pone al servicio de la guerra inventando nuevas fórmulas homicidas, y la Filosofía, con satánico impulso crea la fórmula del caos mental, del anarquismo en el pensamiento. Las nociones del bien y del mal son tan poco precisas como las de la verdad y la justicia; y casi estoy tentado á dar la razón á Pascal cuando exclamaba: *verdad del lado acá de los Pirineos, error del lado de allá.*

Diez y nueve siglos de propaganda religioso-moral, desde el Zenda Avesta y Cristo hasta Tolstoi y Kant, no han conseguido suavizar la áspera condición del hombre, cada día más refrac-

tario al deber y más apegado á las brutales expansiones del instinto. Cada verdad que se alcanza, cada progreso que se consolida, cada adelanto que se conquista, abren honda brecha entre nuestros deseos y la dura realidad implacable. Y á vuelta de dolorosas reflexiones me pregunto ¿el progreso es un bien? ¿el progreso es la felicidad?... El bienestar alcanzado por unos pocos contrasta con la general miseria; y para mengua del siglo, el glorioso ejército del trabajo sale vencido en la lucha por la existencia y llevando en el rostro el siniestro estigma de la anemia y la tuberculosis. Del fondo de la oscura excavación y del trajín infernal del taller, como de la luminosa visión de la campiña floreciente, surgen trágicas y amenazadoras figuras de hombres, irritados que levantan al cielo sus robustos puños amenazadores.

A pesar del Derecho Internacional (glorioso ensayo de aclimatación del cristianismo cosmopolita) y de la convención de Ginebra, se viola á cada paso el derecho del beligerante, se mata sin cuartel, se saquea sin piedad, y en los campos de batalla, igual que sobre

la líquida extensión de los mares, la iniquidad se ríe de la justicia y la fuerza acorrala y pisotea á la virtud inerme. Un sindicato de poderosos ladrones constituido por Inglaterra, Alemania, Rusia, Francia y los Estados Unidos, se dispone á cortar en pedazos el mapa de Africa y Asia para repartírselo, continuando luego su obra sombría con el resto de la Europa degenerada y decadente. Todas las formas políticas existentes están en pleno descrédito en irremediable crisis, porque la moral política, igual que la moral social, han hecho bancarrota.

La gran *soberanía de hecho es el oro*, y el oro es sabido que es el corruptor por excelencia. Para guardar el oro acaparado ó la tierra arrebatada, surgen por doquier formidables masas militares, que dan á Europa el aspecto que Aristóteles veía en Esparta: «Un ejército acampando en una inmensa tienda de campaña.» El fraude y la violencia, se enseñorean de todo. El hecho sensible y consumado es el verdadero Derecho.

Audaces timadores, golfos del arte, escritores plágiarios y orondos como

grajos de la fábula, bolsistas de fortuna, prestamistas sin conciencia, políticos concusionarios, *doctores indoctos* que estafan á la ciencia, jueces sin justicia, guerreros sin valor, mujeres que han sustituido la sensación al sentimiento y la codicia al amor, religiones que pelean por los bienes materiales y la conquista del poder político. ¿Qué es esto? ¿es esto verdadero progreso ó vergonzosa regresión á la más primitiva animalidad? Pero no importa. Ya vendrá el desquite. Siglos enteros amasan una idea, generaciones múltiples persiguen ese algo vago, que el gran Hering llamaba regla latente, y llega un día en que suena en el reloj de la historia la hora solemne del juicio acusatorio.

Si la justicia no acude al llamamiento, la sustituye su puesto la venganza. Y entonces el mundo cambia de postura por algún tiempo, pasando á déspotas los siervos y á verdugos las víctimas. Esa es la historia. Un tejer y destejer continuo y trájico, de acción y reacción, de expansión y compresión; un problema sencillísimo de Mecánica. En el estado actual, las fuerzas contenidas largo tiempo y vírgenes, por

XVI

tanto, de to lo desgaste, están abajo
La fuerza impulsiva, harto agotada
por sucesivos avances, está arriba. El
choque es irremediable. Fenómenos
preparatorios lo anuncian. Nuevas ca-
pas jurídicas brotarán quizá en medio
de la magnífica erupción del volcán.
Venga, bendito de Dios, el socialismo,
si viene á levantar, sobre las ruinas de
los estados políticos, el *gran estado hu-
mano*.

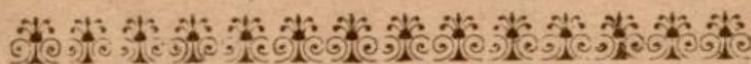
PASCUAL SANTACRUZ.

Almería 26 Enero 1903.



Para mi distinguido ami-
go el Sr. Dr. de "El Regional,"

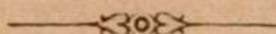
El autor



DIFERENCIAS Y ANALOGÍAS

QUE EXISTEN ENTRE LOS PROGRAMAS
DE LOS PARTIDOS

REPUBLICANO, SOCIALISTA Y ANARQUISTA. (1)



I.

AMIGOS Y COMPAÑEROS:

La Humanidad consciente se encuentra dividida en dos clases, perfectamente definidas en la actualidad, defensoras ambas de intereses antagónicos, que han de desaparecer en el porvenir para constituir la Sociedad futu-

(1) Conferencia dada á la Sociedad «Oficios Varios» en los salones del «Círculo Republicano de Almería», la noche del 10 de Noviembre de 1902.

ra portadora de la fraternidad universal en todos los órdenes de la vida humana. Á la primera clase se denomina burguesía; á la segunda se apellida clase asalariada.

No es del caso molestar vuestra atención, exponiendo argumentos para deducir que la ambición capitalista sostenedora de sus privilegios en el orden político-económico, es la causa única que ha originado la distanciamiento de las dos clases señaladas; pues si desde este mismo sitio se ha evidenciado que la propiedad individual con todas sus consecuencias, es la que divide á los hombres en pobres y ricos, en ahitos y hambrientos, en productores de aparatos y alimentos que no le benefician y en consumidores de lo que no producen, es evidente, que no necesito probaros cómo el egoismo y la negación del más rudimentario derecho que el hombre posee desde el el instante que nace, ha sido la causa que ha determinado las grandes conmociones sociales que, de cuando en cuando, nos comunica el telégrafo y que siempre coinciden en un mismo punto de partida; la lucha del débil

contra el fuerte, la manifestación del deseo latente en el primero de poseer lo que legítimamente le pertenece y el segundo injustamente le retiene; en una palabra: *la lucha por la existencia*.

Oyéndome, pues, quienes conocen perfectamente las causas concluyentes y lógicas que han obligado á los oprimidos á declarar la guerra al capitalismo como medio de conquistar por la fuerza lo que no consiguieron las súplicas y los sentimientos altruistas que deben cruzarse entre los hombres, paso á exponer ligeros conceptos acerca de las dos clases señaladas.

La finalidad que persiguen los oprimidos es bien conocida de todos: *conquistar el poder político* para desde el hacer la transformación de la propiedad que lleva consigo la socialización de los medios de producción y el deber de producir y el derecho á la existencia que han de ser los dos grandes principios jurídicos que la Humanidad resolverá fácilmente cuando no ofrezca dificultades la resolución del problema de la propiedad colectiva ó comunista ante la desaparición de la odiada propiedad individual.

Pero si bien es verdad que la clase asalariada camina hacia un fin común, no lo es menos que bien pronto surgieron varias escuelas partidarias de distintos procedimientos y de las que sólo pueden señalarse en España por su importancia, la escuela socialista y la anarquista.

¿Qué distanciación puede observarse entre ambas escuelas? En apariencia mucha, en realidad ninguna. Y sino, examinemos las cuestiones que originan controversias en el campo libertario y socialista.

Éstas pueden reducirse á tres. Si la transformación de la propiedad debe hacerse en sentido comunista ó colectivo; ineficacia ó utilidad del Estado y si la política mancomunada con la acción económica son las únicas armas que el salariado debe esgrimir en pro de su emancipación.

Sobre el primer punto; es decir, sobre si la propiedad deberá ser comunista ó colectiva apenas si se discute en la actualidad. Creíamos y creemos los socialistas que tan pequeña distanciación no debe ser nunca causa bastante para que los obreros conscien-

tes marchen hacia la consecución de un mismo fin divididos en dos grupos que han de procurar destruirse, y de ahí que los socialistas digamos á una voz: ¿Queréis que la propiedad individual se transforme en comunista? Pues no queramos comprar las tinajas antes de sembrar las aceitunas. Aspíremos á la conquista del poder; procuremos que nuestros esfuerzos y nuestra propaganda sean coronados con el objeto de nuestras luchas y de nuestras ilusiones, que la cultura y la moralidad de nuestras generaciones venideras, serán los factores que determinen la transformación que ha de sufrir la propiedad para que fielmente se realice nuestra legítima aspiración.

Está claro, pues, que de ser ésta la única causa que impidiera la unión de socialistas y anarquistas, entre los obreros conscientes españoles se hubiera realizado la verdadera fusión que los socialistas desean sinceramente.

Si el partido que represento no se muestra intransigente en cuanto al punto mencionado y si posterga su criterio con tal de acelerar la consecución del ideal que persigue, resultaría iló-

gico que demostrara intransigencia respecto á la segunda cuestión que hemos señalado anteriormente. En efecto, al tratarse de la ineficacia ó utilidad del Estado, los socialistas decimos: Si los acontecimientos se precipitan de tal suerte que la revolución social se lleva á efecto con protesta de una minoría considerable é inconsciente en el verdadero sentido de la palabra, se hará preciso que la coacción determine el nuevo camino que la Humanidad ha decidido proseguir, hasta que esas protestas se truequen en abrazos fraternales saboreando los efectos de aquella reforma insustituible. Y como esta coacción la ejercerá el partido obrero una vez dueño del poder político, es evidente que el Estado no podrá abolirse mientras la Humanidad toda no logre el perfeccionamiento necesario.

¿Qué los hombres del porvenir, capitalistas y obreros, votarán por unanimidad necesariamente la socialización de los instrumentos del trabajo, el derecho á la existencia y todos los correlarios que pueden surgir de este derecho? ¡Eso es lo que anhela el partido socialista obrero! ¡Ojalá pudiera confe-

sar su error! De ser así, la Humanidad habría llegado al más alto grado de perfección: las pasiones, el temperamento y los distintos caracteres que aparecen en los hombres para realizar relaciones antipáticas irremediables en la mayoría de los casos, se habían esfumado ante la majestuosa presencia del progreso! ¡Reciba nuestra anticipada bendición, la sociedad reconstituida sobre tan sublime base!...

Y hecha esta breve exposición doctrinal sobre los dos puntos expuestos, pasemos al último que es al que los socialistas concedemos excepcional importancia.

La acción política y la económica empleadas simultáneamente ¿son las armas que debe utilizar el obrero para procurar su redención?

Los anarquistas dicen: El Parlamento y el Municipio son organismos viciados y centros corruptores que el obrero debe procurar que desaparezcan. Sólo la acción económica representada por la huelga general y sin temor á las cortapisas de una ley que, hecha por nuestros explotadores, siempre resultaría inícuá, es el único medio que puede

llevarnos al logro de nuestras aspiraciones.

No desmentimos nosotros á los anarquistas; por el contrario aceptamos como buenas sus afirmaciones. No obstante, entendemos que el obrero debe tener representantes en el Municipio y en el Parlamento, sin perjuicio de que las Sociedades obreras lleven á cabo la huelga general, cuando circunstancias favorables lo determinen, con todos los caracteres revolucionarios que deseen los partidarios del anarquismo. Y como de esta divergencia de criterios surge una marcada distanciaci3n, es mi deber exponer las razones que justifican nuestra conducta. Y al efecto trataré separadamente lo que se refiere á la cuesti3n pol3tica y lo que atañe á la econ3mica. ¿Es útil la primera? es decir, el ejercicio del sufragio universal ¿es un medio poderoso digno de ser utilizado por los trabajadores? Meditemos un momento. Supongamos que los propagandistas de los ideales redentores que menciono, anarquismo y socialismo, convienen en la ineficacia del sufragio y se deciden única y exclusivamente á predicar la

revolución, preconizando la realización de una huelga general que consiga el derrumbamiento de la propiedad individual. Si el advenimiento de esta hecatombe estribara solamente en la educación de la masa inconsciente que sirve de contrapeso poderosísimo, podríamos creer que el derecho del sufragio debe quedar reducido á un simple monumento, que perpetúe el desarrollo del derecho político de la Humanidad; pero como el Partido Obrero tiene á la vez que luchar con el mónstruo de la producción que ha de defender desesperadamente lo que nosotros llamamos privilegios, proclamamos la utilidad del sufragio con toda la energía de nuestro espíritu. Y para que se comprenda mejor la causa que determina esta marcada distanciaci3n de criterios, aclararé este asunto como si se tratara de un hecho práctico. Admitamos que los trabajadores conscientes, eliminando la acci3n política, se deciden á propagar la huelga general como medio de destruir el capitalismo, y, concedamos más todavía, que una minoría respetable por su número é indestructible por la fuerza intelectual que posee, se agita convul-

sivamente procurando partidarios de sus doctrinas en una proporción pasmosa. ¿Podemos creer que en tan crítica situación el capitalismo se va á cruzar de brazos esperando con resignación cristiana su sentencia de muerte? No, el sentido común nos dice que, en tan transcendentales momentos, los capitalistas se unirían en fraternal abrazo. Olvidarían los rencorosos efectos que surgen de la competencia en los mercados; del mismo modo que el partido obrero no reconocería fronteras, puesto que de su unión podría depender la conservación de su régimen de explotación, y ante tan legítimas determinaciones, las persecuciones sangrientas, las represalias inhumanas, serían los efectos que coronarían la obra temeraria que se pretendía llevar á cabo. En tan crítica situación ¿no véis en lontananza la restricción ó abolición de los derechos civiles ó políticos, que puedan perjudicar los intereses capitalistas? Y si el partido obrero, falto de representación en los cuerpos legisladores, pretendiera ahogar en sangre la obra demolidora del capital ¿no comprendéis fácilmente que el elemento obrero in-

consciente, desconocedor entonces de su esclavitud económica, sería un entorpecimiento enorme que sólo procuraría innumerables mártires víctimas del restaurado yugo que pretendían sacudir?

A esto contestan los anarquistas: Al verse la Humanidad envuelta por un movimiento revolucionario tan grandioso, es *muy posible* que la masa ignorante se deje arrastrar por el ímpetu avasallador de nuestra fuerza y por la decisión de nuestro espíritu, aterrando á los que no quieran ayudarnos y consiguiendo que secunden ciegamente lo que rechaza su inconciencia.

Y á esto decimos nosotros ¿No es temerario plantear una batalla decisiva, contando sólo con armas hipotéticas? ¿Puede garantizarse la solidez de un edificio que ha de construirse con piedra y cal sin habernos demostrado la experiencia las propiedades adherentes del último elemento mencionado?

No. Pues entonces no queda otro recurso que educar á todos los explotados, para inmediatamente llevar á cabo la huelga general.

Pero esta educación ha de pretender

entorpecerla el capitalismo porque éste sabe que la fuerza intelectual del obrero estará siempre en razón directa de sus ideas emancipadoras; y como el obrero no puede hacer presión en las Cámaras legislativas por haber despreciado el sufragio, y la acción violenta resultaría infructuosa, según acabamos de ver, no puede refutarse la utilidad y beneficio que recibe el oprimido invadiendo el Municipio y el Parlamento, aunque reconozcamos que son organismos viciados merecedores del anatema más denigrante.

Pero aún podemos ofrecer los socialistas otras razones para demostrar que el sufragio no debe ser despreciado por los obreros conscientes.

Y al efecto preguntamos ¿es libre el obrero para exponer su criterio político, en el caso de que este criterio tenga por aspiración la caída del régimen capitalista?

Si el sectarismo no ciega á nuestros adversarios, podemos contestar negativamente diciendo que, mientras los estados burgueses no garanticen el derecho al trabajo, los oprimidos no podrán exteriorizar su aspiración político-eco-

nómica sin poner en grave riesgo el salario que escasamente sirve para satisfacer las necesidades de su familia.

Pues, teniendo en cuenta lo expuesto, supongamos que en una localidad determinada, el Partido Obrero presenta uno ó varios candidatos. ¿Resultaron elegidos los entusiastas defensores del socialismo? Pues entonces podremos decir que aquellos concejales ó diputados representan un puñado de obreros que lucharon cara á cara con el patrono que á otro día, pudo arrojarlos de su fábrica; y del mismo modo que en el militarismo, aquellos proletarios tendrán su valor reconocido ante el ejército de obreros que, más tarde ó más temprano, ha de exponer su vida, si es preciso, en aras de la igualdad económica. Por el contrario, el proletario que no tiene entereza para votar la candidatura de su clase, no es capaz de exponer su vida en condiciones altamente desfavorables para la causa que defiende.

Bajo este punto de vista en lo que á la acción política se refiere, podemos afirmar que el ejercicio del sufragio es la balanza que precisa el grado de

conciencia de los que se vanaglorian de ser socialistas. Y como ya hemos dicho que la acción política sirve además para procurar á los trabajadores mejoras político-económicas que precipiten su redención, creo que nadie podrá refutar los beneficios que reporta al partido obrero su intervención en la administración municipal y en las Cámaras legislativas.

Cuando el obrero inconsciente observe que, de las luchas legales sostenidas entre los capitalistas y sus compañeros, surgen beneficios para su clase que no dió nunca voluntariamente la burguesía; cuando contemple, al mismo tiempo, cómo una Sociedad de resistencia, fuerte por la unión de sus socios, consigue disminución de trabajo y aumento de salario y la transformación del ser inconsciente en hombre digno que, entonando himnos al trabajo, aspira á su emancipación económica y, mientras lo consigue, á exigir derechos cerca de sus patronos despues de cumplir sus deberes sociales; cuando esos seres inconscientes, repito, comprendan que el movimiento eminentemente revolucionario de sus compañeros no

hace que peligre el orden público por que se ajusta precisamente á las leyes que conquistan sus representantes haciendo oír éstos en los centros legislativos los clamores de un pueblo trabajador dignificado y apto para ser redimido; cuando esos seres se percaten de todo esto, es segurísimo que las filas de nuestro partido aumentarán considerablemente, sin que el capitalismo pueda impedirlo, puesto que las nuevas adhesiones serán sufragios que consigan disminuir la fuerza legislativa de la burguesía.

No puede, pues, negarse que ejerciendo el trabajador simultáneamente la acción económica y la acción política, (sin traspasar los límites de la legalidad) puede proporcionarse más beneficios prácticos que limitando su esfera de acción dentro del orden económico.

Y hechas estas aclaraciones, pasemos á hacer algunas consideraciones acerca del otro punto muy digno de ser meditado detenidamente.

Y al efecto preguntamos: ¿responde á los fines del Partido Obrero la realización de la huelga general en todo

tiempo y á todo trance? Al tratar de la utilidad del sufragio hemos probado la ineficacia de esta clase de huelga, tal como la sueñan á cada instante los anarquistas. Aduciré, no obstante, nuevos razonamientos. ¿A qué obedece, en algunos obreros, el deseo de huelga general? ¿Al propósito de acelerar la victoria de una de sus Sociedades? Pues es una medida injusta que contrasta grandemente con las aspiraciones del Partido Obrero. En efecto, si por coincidencia rara, las Sociedades del Centro Obrero de una localidad solicitaran simultáneamente mejoras en el trabajo ó en el salario, estaría disculpado, en parte, el mencionado movimiento; pero que los obreros de distintos gremios se declaren en huelga por que, por ejemplo, sus compañeros los alpargateros hayan exigido á sus patronos alguna mejora, no se puede aplaudir semejante determinación, porque injustamente se perjudica á un puñado de patronos que nada negaron á los obreros de sus industrias respectivas. Los hombres que predicán ideas moralizadoras y justas en su acepción más sublime, no deben manchar su historia

con las mismas injusticias que condenan.

¿Qué se requiere para una huelga? Unión y fondos que faciliten alimentos al huelguista. ¿Existe lo primero? Pues lo único que deben ofrecer las demás Sociedades es el dinero de sus cajas y su autoridad moral que, cerca de las autoridades, no consentirá que se atropelle á los huelguistas que, pacíficamente, aspiran á un nuevo y más beneficioso contrato de trabajo. En esta situación ¿es casi segura la derrota del obrero? Pues deben estudiarse las causas que motivan esa derrota inminente y procurar extinguirlas. ¿Es por falta de dinero? Pues á imponerse privaciones y sacrificios, á instituir suscripciones, cuotas extraordinarias y todo lo que, en fin, consiga proporcionar recursos á los que están en lucha con sus patronos. ¿Qué á pesar de todo se ha perdido la huelga? Pues será señal suficiente de que el obrero no evitó la lucha cuando existían condiciones desfavorables, como son entre otras, que el mucho exceso de producción no le proporcione pérdidas al patrono ó patronos que cerraron sus fábricas ó

talleres ante las exigencias de sus operarios.

¿No ocurre nada de esto? Es decir ¿se pierde la huelga porque compañeros ignorantes traicionan los acuerdos de la Sociedad? Pues siempre constituirá estos actos, tristes lecciones que hemos de tener en cuenta para ilustrar al inconsciente y procurar que en otra lucha contemos con la unión y el consentimiento de todos los compañeros.

Porque la violencia está en pugna con nuestras doctrinas. La lucha salvaje y homicida sólo debe existir entre las fieras. (1) La persuasión, la ilustración y la propaganda de nuestras ideas son las únicas armas que deben esgrimir los entusiastas del Partino Obrero.

(1) Sobre este punto es digna de tenerse en cuenta la divergencia de criterios que se observa entre los anarquistas más caracterizados. La dinamita, el petróleo, el nudo corredizo y tantos otros medios que Miguel Bakunín recomienda, en algunos de sus escritos, como indispensables para realizar la transformación de este régimen presidido por la explotación más inhumana, contrastan grandemente con la afirmación del conocido anarquista Luis Tolstoi. «No es el camino de la VIOLENCIA—dice—el que nos conducirá á la paz deseada;

Lo demás es caminar ciegamente y entorpecer la realización de esa huelga general irremediable que se llevaría á cabo cuando todos ó la mayoría de los obreros adquieran el verdadero concepto de su esclavitud.

Pero aún queda otro argumento irrefutable. La clase capitalista—dice Julio Guesde—no es más responsable de vivir del trabajo del proletario, que lo es el proletario de ser explotado por la clase capitalista. Y esto no lo negará el ácrata si reconoce, con nosotros, que el hombre obra á impulsos del medio que le rodea. Si esto es así, el burgués merece ser despojado de sus privilegios con una intermitencia prudencial que le permita al fin compren-

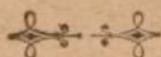
es la misma paz, ó mejor la *redeldía pasiva*. Con que los esclavos, todos los esclavos víctimas de los modernos fariseos, *se cruzaran de brazos*, la hora del humilde habría llegado. De modo tan sencillo rodarían por el suelo los ídolos, los dioses personales que han venido á sustituir á los impersonales del verdadero Cristianismo.»

¡Y las anteriores líneas aparecen en el almanaque de «La Revista blanca» correspondiente al año de 1902!... Que es como si dejéramos: *El terror dos mares!*...

der la sublimidad del fin socialista; y como esto no puede ocurrir sino con las huelgas aisladas y el ejercicio del sufragio, es por lo que no pueden negarse los efectos desastrosos de una huelga general predicada en todo tiempo y á todo trance. No quiere decir esto que no queramos la huelga general, la anhelamos con el mismo entusiasmo que los anarquistas; pero queremos probarla cuando hayamos invadido las esferas del poder, cuando el militarismo esté á punto de desaparecer merced á nuestra imposición enérgica y decidida, cuando, seguros de nuestro triunfo, podamos decirle al capitalismo: "tira ese puñado de oro que tantos odios y vicios estableció entre los hombres; entréganos los instrumentos del trabajo que no son otra cosa que la acumulación del esfuerzo físico é intelectual de las generaciones pasadas, y no temas que hablemos de esta manera, porque has de recibir de nuestra clase el aplauso más sincero que han podido tributarte. Antes te adulaba porque poseías los instrumentos del trabajo; hoy te ofrezco mi mano para juntos establecer la indestructible igualdad

económica portadora de la fraternidad universal.

¿No están conformes con nuestra táctica los anarquistas? Pues continúen con la suya seguros de que no cojerán como fruto, más que derramamientos estériles de sangre y grandes retrocesos para la causa del Partido Obrero.



II

Examinadas las aspiraciones del obrero consciente y las analogías y diferencias que se observan entre las dos escuelas que se propagan en España, toca en turno exponer el concepto que nos merece la otra clase en que se encuentra dividida la Humanidad.

Los socialistas dividimos la burguesía en dos partes: Capitalismo reaccionario egoísta ignorante, incapáz de concebir en su cerebro la magna obra que la Historia ha encomendado á la clase proletaria, y capitalismo inspirado por ideas liberales que, comprendiendo la transcendencia del problema obrero, se decide á purificar los derechos políticos de los pueblos y á abolir alguno que otro privilegio que consiga aliviar la situación miserable del bracero. Ambos capitalismos son defensores acérrimos de la propiedad *individual*, y sólo las lecciones que les ofrezca la realidad serán las que les prueben que el Partido Obrero tiene una

misión que cumplir, aunque persecuciones sin cuento y soluciones gubernamentales pretendan sofocar la gran revolución que ha de presenciar el siglo XX.

No obstante, lo mismo el capitalismo reaccionario que el liberal, comprendiendo que esa gigantesca ola obrera que ya se cierne sobre el océano del mundo, puede ocasionar el derrumbamiento de este régimen inhumano, se han apresurado á ofrecer reformas salvadoras que no acepta el Partido Obrero por entender que están en pugna con su programa.

Me refiero, en primer lugar á la reciente encíclica de León XIII, y, en segundo, á las modificaciones radicales del partido republicano que pretende, sin fundamento, hacer de la forma republicana de gobierno el único medio de poder llegar á la revolución social.

Echemos á un lado los pueriles consejos de la encíclica y estudiemos, á la ligera, si la forma republicana puede favorecer el advenimiento de la propiedad colectiva ó comunista.

Y al efecto, preguntamos á los republicanos que defienden esa doctrina.,

¿Habeis leído el programa del Partido Obrero? ¿Sí? Pues medita un momento. En él se consigna la supresión de la herencia desde el momento en que decimos, que la propiedad individual ha de ser sustituida por la social ó común; luego no os podemos apellidar nuestros amigos políticos por que vosotros entendeis que lo legítimamente adquirido debe pasar á nuestros herederos. Nuestro programa tambien exige la socialización de los instrumentos del trabajo como medio de que todos los hombres produzcan en relación con su actividad física ó intelectual; luego la República no puede servir de medio, para que sus partidarios sean desposeidos de lo que les proporciona vivir con el esfuerzo de otro; y, descontando un sinnúmero de aspiraciones, el Partido Obrero quiere suprimir el trabajo de la mujer y de los niños, ley, que no puede ser promulgada por la República, habida cuenta que la férrea ley de la competencia en los mercados, es la que arrancó á la mujer del hogar doméstico y al niño de la escuela.

¿Qué analogía, pues, se observa en-

tre el programa republicano y el socialista? Partidario uno de la propiedad individual con todas sus consecuencias y defensor el otro de la comunista ó colectiva, existe una distinción tan marcada en el orden económico, que es imposible armonizar las tendencias y aspiraciones de ambos partidos. Sólo convienen republicanos y socialistas en la necesidad del sufragio y del Estado.

Aunque puede decirse que existe una trascendentalísima diferencia en cuanto al concepto de este último, desde el momento en que el Partido Obrero dice, que, después de hecha la transformación de la propiedad, «el gobierno de las personas será sustituido por la administración de las cosas, y por la dirección de los procedimientos de producción.» Si esto es así ¿puede negarse la diferencia que existe entre la aspiración económica del partido obrero y el fin político á que aspira la República?...

No falta por esto quién nos considere enemigos de la forma republicana, estando como estamos muy lejos de serlo. Entre la burguesía reaccionaria y la radical, la elección no es du-

dosa para el Partido Obrero.

Quién aspira á la supresión del siervo, económicamente hablando, tiene que ayudar al partido que se proponga derribar las instituciones actuales. Pero de esto, á que los republicanos nos exijan el reconocimiento de que la República es la única institución política que ha de facilitar el advenimiento del anarquismo ó del socialismo, hay una diferencia tan enorme, que es imposible acceder á tales pretensiones.(1) Nosotros ayudaremos siempre á los republicanos que quieran conquistar el poder político para abolir el poder de los reyes y evitar que los grandes entor-

(1) Y no serán muy del agrado de los anarquistas las promesas de los prohombres del partido republicano español, cuando dos de sus periódicos, les atacan de una manera desconsiderada.

«Juventud» que aparece en Valencia, dice, en su editorial del 11 de Enero del año corriente, hablando de *meeting* celebrado en Castellón: «Salmerón estuvo ruin y vulgar al tratar la cuestión social. El orador defensor de la Internacional fué un gigante, el de Castellón es un átomo. La sinceridad y buena fé de Salmerón, pueden ponerse en duda. Los conspiradores del 98 certificarían nuestra opinión.

pecimientos de la burguesía reaccionaria provoquen derramamientos de sangre, y acaso conmociones sociales que precipiten la marcha de la Historia; pero si, lejos de esto, sólo se procura confeccionar programas conciliadores que, compuestos de ideas antagónicas, consiguen desvirtuar y obscurecer la lucha de clases planteada entre el proletariado y la clase capitalista, ni los socialistas ni los anarquistas deben ir del brazo con los republicanos mientras sus diferentes campos políticos no se hayan deslindado convenientemente.

Digásenos que la República tiene un fin político que cumplir basado en las ideas que acabo de exponer, y que, dicho fin, se irá transformando á medida

Sus oratorias van á dar risa hasta los niños. Á nosotros nos dan asco y lástima.»

Y «El Corsario» editado también en Valencia y en su número del 1.º de Enero de 1903, exclama, ridiculizando la conducta de algunos republicanos caracterizados: «¡Cómo nos divertiríamos los ácratas al ver á los Salmerones, los Nakens, los Moyrons y demás redentores demócratas republicanos, arrojarse al rostro cuantos actos y traiciones han llevado á cabo contra el pueblo, la libertad y la república!»

que los trabajadores lo exijan por medio de sus representantes en el Parlamento y el Municipio, y haciendo uso de los derechos que conquisten, aún con protesta del mismo gobierno que forzosamente habrá de concederlos, y los socialistas apoyaremos esa forma de gobierno sin reservas de ninguna especie. Repetimos de nuevo, que, entre la burguesía reaccionaria y la radical, la elección no puede ser dudosa para el Partido Obrero.

Vemos, pues, que cumplido el fin puramente político de la República, ésta, aconsejada por la burguesía radical que la sostiene, procurará defenderla de los ataques continuos del Partido Obrero, lo que, después de todo, consideramos justo, pues lo contrario sería traicionar los intereses de la clase que la elevó al poder.

Puede negarse, por tanto, que el partido republicano aspire á extinguir la lucha de clases, pues también se ha dicho que ésta lucha no puede desaparecer mientras exista la propiedad individual, y esta, no puede ser abolida por quienes le reconocen un alto grado de legitimidad.

Luego la República no puede ser un medio para el advenimiento de la sociedad futura, porque de reconocer lo contrario, más derecho concedemos á los gobiernos monárquicos, que con sus intransigencias, y sus iniquidades político-económicas, despiertan al trabajador y más le obligan á engrosar las filas de nuestro partido.

No quiero distraer más vuestra atención sobre este asunto, porque creo que habéis entendido la transcendencia y valor de mis afirmaciones, por consiguiente, solo he de hacer un ligero resumen de todo lo expuesto.



III.

Ya habréis visto claramente que el fin de las escuelas socialista y anarquista es idéntico, y por eso he de afirmar, de una vez para siempre, que no hay, no existe, ni puede existir aspiración alguna denominada anarquista, que no la aceptemos nosotros, siempre que esa aspiración ofrezca un nuevo grado de sublimidad para la sociedad que se ha de instituir, sobre las inmundicias, vicios, crímenes y desigualdades producidas y desarrolladas al amparo de la propiedad individual.

Sólo distancia, pues, al partido socialista y anarquista la pretensión en este último de la huelga general en todo tiempo y á todo trance, movimiento revolucionario que, siempre que lo consideremos inoportuno, lo hemos de combatir en nombre de la emancipación del proletario. Permitidme, por un momen-

to, recordar el movimiento revolucionario de la Commune.

¿Qué consiguieron aquellos mártires del proletariado consciente? Nada práctico para la causa que los convirtió en héroes. Es evidente que se posesionaron del poder; que, dominados por los ideales redentores que defendieron, sólo aspiraban á que, los desheredados por el régimen individual, disfrutaran de los bienes, placeres y comodidades que el progreso humano y la Naturaleza ofrecen con una prodigalidad admirable; pero también es tristemente cierto, que sus generosos propósitos fueron ahogados en sangre después de sufrir la más cruel é inhumana de las persecuciones. Los nombres de aquellos heróicos campeones del progreso, serán benditos por nuestras generaciones venideras; pero el sacrificio de sus preciadas vidas, ni libró al proletario francés del yugo capitalista, ni aun siquiera conquistó la más rudimentaria de sus aspiraciones político-económicas.

¿Factores importantes que originaron la caída y destrucción de la Commune? La falta de premeditación; la

nulidad de criterio de la masa inconsciente; no estar aún convencida la burguesía francesa de la sublimidad que encierra la transformación de la propiedad; la lucha desesperada, por tanto, entre el capital y el trabajo, que sólo llevaba como emblema la desolación y el exterminio; y el deseo, en fin, de presentar la batalla decisiva á la burguesía, cuando sólo se contaba con un ejército insignificante, por su número, que había de luchar primero con los mismos compañeros de su clase, para conseguir que secundasen una revolución sublime por el fin que persigue, pero horrorosa é imposible para aquellos obreros inconscientes que, resignadamente, sufren las consecuencias del régimen individual.

Y así es cómo comprendemos fácilmente, que los capitalistas franceses hicieron esfuerzos titánicos por conservar sus privilegios y que el militarismo, compuesto exclusivamente de proletarios, apoyáse á la burguesía, y sofocára aquel movimiento que jamás podrá olvidar el que aspire á redimir la Humanidad moral y económicamente hablando.

La sangre de aquellos mártires sólo ofreció como fruto, sangrientas represalias y un gran retroceso para la causa del obrero. Por el contrario sus palabras, sus escritos y sus obras, cuantos cerebros hubieran iluminado, y con qué alegría recordaríamos sus luchas legales, hasta que la muerte nos hubiera hecho desaparecer de entre los vivos!...

Hecha esta digresión importantísima continuemos el resumen que da fin á este modesto trabajo.

Si la revolución extemporánea, combatida desde el campo socialista por el sacrificio estéril que lleva consigo, según hemos demostrado, es la causa única que mantiene divididos á los obreros conscientes españoles, (cuando todos nuestros esfuerzos y nuestras controversias deberían reducirse á combatir á la burguesía), no hay razón justificada para que la clase obrera española se halle dividida en dos bandos que desaparecerán indudablemente en fecha no lejana.

¿No es tolerante el Partido Socialista y acepta importantes afirmaciones echando á un lado todo espíritu de secta? Pues al anarquista corresponde

aceptar la acción política y atender nuestras opiniones referentes á la huelga general. (1)

- Y esta resolución, que los socialistas aceptarían seguramente, sería la verdadera palanca que conseguiría contrarrestar la fuerza de la burguesía.

Digamos, para terminar, dos palabras sobre el partido republicano. Elevado al poder y sostenido por la burguesía que es la que directamente sufraga los gastos del Estado, tiene, forzosamente el partido republicano, que garantizar la propiedad individual, pues de no hacerlo así serían arrojados del gobierno. (2) La burguesía no tiene mas ideal político que el tanto por

(1) «Tierra y Libertad», en su número correspondiente al 8 de Enero de 1903, hace constar que, si el Centro Obrero de Barcelona acuerda nuevamente la huelga general con motivo de los últimos sucesos, no es contando con la simpatía de los anarquistas españoles.

¿Constituirá esta advertencia una rectificación honrosa si está suscrita por la buena fé?...

(2) En su número 192 correspondiente al 15 de Enero del presente año, dice «Tierra y Libertad»: «Las repúblicas, como están basadas *lo mismo* que las monarquías en el privilegio de una clase, deben emplear su fuerza, á

ciento que pueda producirle sus fábricas ó talleres, y de ahí que no le merezca confianza el gobierno liberal ó reaccionario que favorezca directa ó indirectamente al Partido Obrero.

Los capitalistas radicales creen que con reformas político-religiosas se suaviza la lucha de clases; pero como el obrero consciente aspira á su redención económica, por ser ésta la que rompe con todos los convencionalismos actuales, es evidente que el Partido Obrero luchará contra la república del mismo modo que hoy combate á la monarquía. Los acontecimientos que, á diario, ocurren en los Estados Unidos, Francia, Suiza y otros países eminentemente republicanos, prueban nuestras afirmaciones. Y es tanto más cierto lo que decimos, cuanto que siendo la República la última trinchera de la burguesía, con

que hipócritamente dan el nombre de ley, en la defensa de los señores. Así vimos un día cómo los Estados Unidos llevan á término la gran tragedia de Chicago, y así vemos hoy cómo Suiza y la Argentina promulgan leyes excepcionales, contra los que propagamos la Sociedad sin Estado, sin Dios y sin Propiedad.»

más decisión tiene que defenderse, aun cuando peligre la estabilidad de sus privilegios. Serán, sí, los estertores de una agonía lenta; pero quizá también la causa de que se derramen enormes cantidades de sangre contra los deseos de nuestro partido.

Se pretende convencer á la clase trabajadora diciendo que, siendo la república la forma de gobierno más adaptable al socialismo, no hay razón para que el Partido Obrero luche aisladamente contra los monárquicos y combata á los republicanos.

Sobre esto podemos decir: Si nosotros odiamos el gobierno de las personas y ambicionamos solamente la administración de las cosas, vuestro programa y vuestro fin se oponen tenazmente á nuestras aspiraciones. Además, si con lo anteriormente expuesto, quieren decir los republicanos, que el gobierno que no reconoce el poder de los reyes se llama república, nosotros también podemos decir que hay repúblicas que parecen monarquías, y monarquías basadas en principios verdaderamente republicanos. (1) No son los gobiernos

(1) Los anarquistas, que están de acuerdo

los que transforman al pueblo, es éste el que consigue modificar sus instituciones democráticas. Y como el obrero consciente está convencido de todo esto, quiere conseguir su bienestar, sin preocuparse de los distintos calificativos que puedan dividir á los partidos y á los hombres que los dirigen. Y es, porque para el obrero (socialista ó anarquista), tan amante de la propiedad individual es la monarquía reaccionaria, como la república federal.

No es posible, por tanto, armonizar á ambos partidos.

Quién entienda lo contrario no puede ser sino el obrero intelectual ó manual que sea víctima de un verdadero estado de transición, poco estable, si la buena fé es la condición característica de todos sus actos.

No hay más que este dilema: ó republicano ó socialista. Si lo primero, no puede ser partidario del socialismo por que con el sólo hecho de militar en un partido burgués, más ó menos demo-

con el Partido Obrero respecto de este asunto, dicen en el número 2 de «Juventud»: «Más libertad existe en la constitución parlamentaria inglesa que en el sistema federativo suizo.»

crático, deja de ser un campeón decisivo que ponga sus esfuerzos al servicio del Partido Obrero. Si lo segundo debe dedicarse á predicar la sublimidad de nuestra doctrina, cimentada sobre la base de la fraternidad humana.



Si el deber que me impusieron mis compañeros reduciase á esclarecer nuestro programa desde un punto de vista puramente doctrinal, no ha podido estar en mi ánimo, herir la susceptibilidad de los que hasta ahora han oído con atención mis lógicas afirmaciones. Pero si impensadamente he adjetivado vuestras ideas con la desconsideración que no merecen, no olvidéis que retiro desde este instante, cualquier frase ó concepto que haya podido molestaros.

Y hechas las anteriores manifestaciones, voy á terminar exponiendo sintéticamente el proceso histórico que ha sufrido la Humanidad al través de sus épocas más importantes, para cu-

ya labor he creído oportuno valerme de frases notables de un escritor eminente.

En el siglo I, el cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre que había forjado Atenas, la idea de la Humanidad que había forjado Roma, la idea de Dios que había forjado Jerusalén, la idea del Verbo que había forjado Alejandría.

En el siglo IV la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen en las primeras invasiones de los Bárbaros; la Roma pagana es desposeída de su prestigio secular y fundada la Constantinopla de los cristianos, que va á continuar la obra de Jerusalén y Alejandría; el federalismo de las nacionalidades nacientes se opone á la despótica autoridad de los Césares históricos; se funda el trabajo moderno que crea y produce enfrente de la guerra que destruye y aniquila, y se regula el trabajo merced á la orden de S. Benito, orden de agricultores y de sabios, la cual guarda las cenizas de la antigüedad en sus bibliotecas, y abre la madre fecunda tierra con sus arados.

El siglo X es un siglo horroroso. La idea de la próxima destrucción del mundo ha sobrecogido á Europa y la ha postrado en la penitencia. La tierra se estremece y bambolea como nave combatida por la tormenta. El trabajo se suspende. Los hombres sólo buscan un sudario. Llaman á las puertas de los claustros los reyes y los emperadores, ansiosos de cambiar las coronas por cogullas. Aquel oscuro mundo tiene tal idea del tiempo, que se le imagina mucho el periodo de mil años y siente que al cumplirse resuena en los aires la estridente trompeta del ángel, llamando á juicio los vivos y los muertos. Pero no sonó, y el feudalismo teocrático fué vencido. Y el hombre comenzó á sentir toda la vida derramada en la Naturaleza y á hermanar su alma con la esperanza. Y la parálitica Europa cobró movimiento, se incorporó sobre las piedras de su Claustro, dejó tras sí el sudario, y se fué á Oriente, á la tierra de los milagros, en busca del sepulcro de la tradición para encontrar la cuna de la libertad y traer la primera aparición de la democracia en la moderna historia.

El siglo XIII es el siglo en que se escribe el testamento del Catolicismo. Las catedrales góticas son su testamento en arquitectura; los cuadros de Cimabue su testamento en pintura; la Divina Comedia del Dante su testamento en poesía; la Suma Teológica de Santo Tomás su testamento en ciencia; las Siete Partidas, que reúnen la jurisprudencia romana con la jurisprudencia eclesiástica de la misma suerte que los doctores reunían los Padres de la Iglesia con Aristóteles, su testamento en derecho; y los dos grandes papas, Inocencio III y Gregorio X, dejan escrito con esfuerzos increíbles su testamento en política.

En el periodo de tiempo comprendido entre la segunda mitad del siglo XV y la primera mitad del siglo XVI, la Naturaleza tomó una fecundidad sorprendente. Nacían los grandes hombres como no habían nacido antes, como no nacieron después de tan alta calidad ni en tanto número. Guttemberg asegura la perennidad al libro, la rapidéz de la luz á las ideas, la propagación de las especies en la naturaleza á los hijos del génio en el espíritu,

con tosco alfabeto de plomo y sencilla máquina de presión; Erasmo se ríe con risa inmortal de las locuras místicas y monásticas de la espirante Edad Media; Lutero reivindica la autonomía de la conciencia humana; Paracelso encuentra la verdadera piedra filosofal, el principio de las ciencias químicas; Vesala revela los secretos del organismo en la anatomía; Porta reconoce las propiedades de los espejos cóncavos y de los espejos convexos en los fenómenos de la visión y prepara el telescopio; Gilberto descubre las virtudes de los cuerpos imantados; Pallisi, el mago alfarero, los comienzos de la Geología, los tesoros de los fósiles; Copérnico la moderna astronomía que imprime nuevo movimiento á este Planeta, antes inmóvil, y hace visible, palpable, experimental, lo eterno, lo infinito; y Camoens canta la Iliada de la navegación, del trabajo; y Shakspeare describe hasta el fondo la naturaleza humana; y Cervantes pega la risa de Erasmo contra la Edad Media, que no había pasado de la aristocracia inteligente, á todas las clases, á todos los pueblos, á todas las muchedumbres...

Es el siglo XVIII un siglo de razón y de sentido práctico; el siglo en que los derechos del hombre se proclaman á una, en América por el órgano de los Estados Unidos y en Europa por el órgano de Francia.

El siglo XIX, con sus descubrimientos científicos que han orado y destruido para siempre la telaraña del fanatismo político-religioso, encaminando á las naciones hacia un fin puramente sociológico; con el sorprendente desarrollo de la industria, que, obligando al capitalismo á constituir imponentes *truths*, muestra el hambre y la miseria como las armas poderosas que evidencian al proletario el papel inhumano que representa en la vía pública, en el taller ó en la fábrica; centuplicando, á consecuencia de lo dicho anteriormente, las relaciones mercantiles y la vida de la inteligencia, evidenciando de esta suerte, que los músculos y el cerebro humano no producen y crean con la inspiración y libertad que caracteriza al hombre libre, sino arrastrados por el carro triunfal de la burguesía que le obliga á vaciar sus concepciones artísticas, cien'ifi-

cas ó literarias, en moldes productores de riquezas y goces, creados exclusivamente para los que derrochan los placeres mientras el bracero carece de medios para vivir; el siglo XIX, repito, ha conseguido que el proletariado universal se decida á romper con los convencionalismos que mantienen las desigualdad ilógica é inhumana que les niega toda participación en las comodidades y placeres que el hombre conquista con su esfuerzo, y, animado por la justicia que encierra su aspiración y las torpezas de sus explotadores que, inducidos por su refinado egoismo, marchan precipitados hacia su ruina y desaparición, demuestra por sus continuas protestas que, en el siglo que nos ocupa, ha surgido la lucha de clases que divide á los hombres en dos grandes familias y que evita que el amor y los sentimientos generosos nublen las desigualdades que aparecen en los hombres y que han de desaparecer en la noche del infinito.

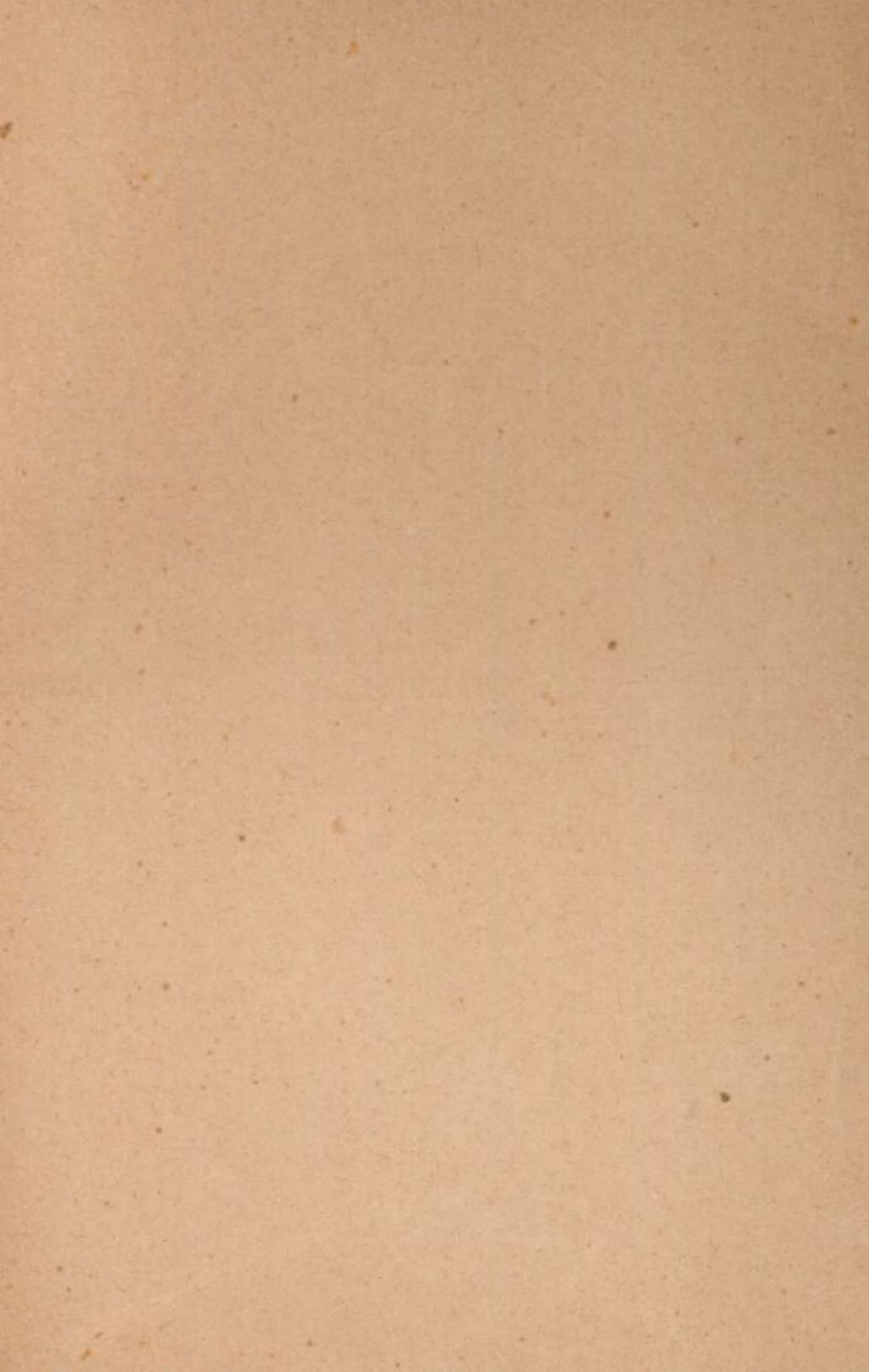
Y el siglo XX constituirá el periodo más admirable de la Historia de la Humanidad, pues predicando la paz entre los hombres y después de conseguir la

abolición de la esclavitud económica, el hombre gozará feliz las delicias del amor á sus semejantes; y, teniendo siempre dispuesto un cubierto en el banquete de la vida, será su vivir de dichas y venturas, transformando lo que hoy se llama con propiedad valle de lágrimas, en valle de deleites y goces infinitos.

HE DICHO.







~~~~~  
· Precio: UNA peseta. ·  
~~~~~